

L

Libros

Viene de la página anterior

Viajero incansable, Le Carré tiene una memoria impresa en pasaportes: Suiza (donde dio sus primeros pasos en la inteligencia británica dando informes sin saber “muy bien qué” ni “a quién”), Ruanda (visita horrenda a las matanzas), Beirut (el loro del hotel que imitaba con maestría el tableteo de las ametralladoras sazonado con la ‘Quinta’ de Beethoven), Panamá, Moscú, Camboya... Convertido en la máxima autoridad del espionaje en literatura, a Le Carré le invade la realidad (volvemos a la delgada línea que la de la ficción) y su correo se llena con frecuencia de cartas escritas por aprendices de espía. Y no pocas veces han intentado personajes relevantes de la política internacional arrancarle secretos de Estado dando por hecho que está en el ajo.

Llegan estas memorias episódicas poco después de la publicación de una biografía que aborda episodios sobre los que el escritor corre un tupido velo, como sus supuestas actividades como de topo universitario en grupos de extrema izquierda, o sus peripecias más sabrosas en el MI6. ¿Vida amorosa? Por favor, somos británicos: “He tenido dos esposas inmensamente leales y entregadas y a ambas les debo un agradecimiento incommensurable y no pocas disculpas. No he sido ni un padre ni un marido modélico, y tampoco me interesaba aparentarlo. El amor me llegó tarde, después de muchos pasos en falso”.

No es un autor dado al sentimentalismo, como bien saben sus seguidores, y se pueden sospechar las razones cuando recuerda a un “embaucador, farsante ocasional, ocasional visitante de la cárcel y, además, mi padre. Un estafador de la peor calaña”. Tampoco su madre, que lo abandonó cuando tenía cinco años, ayudó a que el joven David supiera lo que es el calor de un hogar. Sobre ambos pasa de puntillas. Duele, quizá. Su imaginación le ayudó a crearse una falsa felicidad. Muchos de sus personajes (que representan valores de honestidad en un entorno deshonesto) saben lo que es vivir a ras de sueño. Dejemos que lo explique: “El espionaje no me hizo descubrir el ocultamiento. Las evasivas y el engaño fueron las armas necesarias de mi infancia. Durante la adolescencia, todos somos un poco espías, pero yo ya era veterano. Cuando el mundo secreto vino en mi busca, me sentí como en mi propia casa”.

Jugosas son las partes dedicadas al oficio como escritor. Por ejemplo, le encanta “escribir sobre la marcha en libretas” mientras camina o viaja en tren o se detiene en un café. Luego vuelve a casa y selecciona “lo mejor del botín”. Por cierto: siempre a mano. Pero la sorpresa llega a la hora de hablar de su aprendizaje: “La instrucción más rigurosa que he recibido como escritor no se la debo a un maestro, ni a un profesor de universidad, ni menos aún a una escuela de escritores. Me la proporcionaron los jefes de mayor nivel del cuartel general del MI5 en Curzon Street, educados con los clásicos, que se abalanzaban sobre mis informes con jubilosa pedantería y monumental desprecio por mis frases inacabadas y mis adverbios inútiles, y garabateaban en los márgenes de mi prosa inmortal comentarios tales como ‘redundante’, ‘elimínelo’, ‘justifíquelo’, ‘poco elegante’ o ‘¿de verdad es esto lo que ha querido decir?’. Ninguno de los revisores que he tenido desde entonces ha sido tan exigente ni ha acertado tanto”. El espionaje como escuela literaria. Como ejemplo de lo buen alumno que fue Le Carré basta con leer el último capítulo: “El último secreto oficial”.

La literatura se vuelve amable

Florence Delay, Christopher Morley y sus novelas para entretener esperas

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Hay momentos para la literatura amable. Las pequeñas esperas de cada día, los tiempos muertos entre horas ocupadas, las colas o la demora ajena son terrenos espirituales propicios para sacar del bolsillo un libro de bolsillo (que quepa en él incluso acompañado del inevitable teléfono móvil) y leer un rato sin que la cabeza se quiebre demasiado. Unas páginas que se puedan interrumpir cuando nos llamen, cuando vuelva el quehacer, cuando llegue el turno, cuando acuda el visitante, sin que luego después, al retomarlas, nos cueste un mundo volver al hilo. Libros fáciles de transportar, fragmentarios y que nos dejen un breve reclamo interior para proseguirlos. Así, por ejemplo, el de la polifacética **Florence Delay** (1941), quien, a pesar de pertenecer a la prestigiosa Académie Française y de haber traducido al francés a **José Bergamín** o **La Celestina** quizá no cuente con el favor de muchos círculos españoles, debido a su

conocida y denodada defensa del espectáculo de los toros (y que contará con el favor de muchos círculos españoles por lo contrario, claro). Inspirada por **Margarita de Navarra** (“Cuerpo de mujer, corazón de hombre y cabeza de ángel”) nos describe en 31 rápidas pinceladas las obras artísticas (y, a mi puntilloso juicio, tan dichas) del Palacio de Fontainebleau. Con ilustraciones, para que no nos perdamos. Del **Hep-tamerón** de la dama de Angulema extrae la fórmula que le sirve de título a este su libro de arte comentado: “Me parece, señoras mías”. Poemas, mucho tino, prosa fina, entregadas proclamas feministas, mucha erudición... quizá su lectura me haya servido para ver menos empalagoso ese manierismo del palacio real en torno a la figura de la mujer. Y para arrancarme más de una sonrisa: es un libro tan francés, tan de “esprit” francés, que parece un libro que imitase a los libros del agobiante “esprit” francés. Bien está.

Del querido señor **Christopher Morley** (nacido a media hora de Filadelfia, en 1890), colum-



Galería de Francisco en el palacio de Fontainebleau.

Lectura para personas

El viento de las horas, de Ángeles Mastretta, un libro que parece sacado de nuestra propia memoria

M. S. SUÁREZ LAFUENTE

La novelista mexicana **Ángeles Mastretta** nos ofrece esta vez un libro diferente, diferente a lo que solemos esperar quienes la leemos con asiduidad. Mastretta nos da un paseo tranquilo por la ruta de la memoria, por lo que olvidamos con el paso del tiempo, y nos demuestra que la vida de cada cual se convierte, en un momento dado, en una “ciudad vieja”, llena de historia, marcada por invasiones y conquistas, cuajada de monumentos y también de esquinas más vulgares que, incluso, necesitarían un barrido y, quizás, un lavado oportuno.

El título, una línea de un poema de **Jaime Sabines**, lo dice todo: el tiempo envuelve lo que somos y su viento lo deposita en nuestro entorno vital, por el que desfilan ascendientes y descendientes, colegas y amigos, maestras y vecinas, juguetes, muebles, casas, viajes, lo que recordamos o creemos que recordamos y lo que olvidamos o que-remos olvidar.

El eje del libro es claro porque es universal, sin distinciones de clase, género o espacio geográfico: el tiempo pasa inexorable para todo el mundo, y con él pasa nuestra vida, cuajada de nombres, lugares, dichas y quebrantos. Por eso **El viento de las horas** nos parece sacado de nuestras propias memorias. Porque, cuando miramos hacia atrás, desde la atalaya de la edad madura, la vida nos parece larga y breve a la vez, llena de tantas cosas que sucedieron en el día a día, pero que pasaron tan rápido. Y cuando miramos hacia delante sólo vemos un tren de alta velocidad precipitándose hacia lo desconocido, lo que nos produce una “nostalgia del futuro”, que hizo preguntarse al abuelo de la autora “¿Qué habrá que no veremos?”.

Mastretta usa un lenguaje preciso, conciso, utilizando la palabra acertada, para atraparnos fácilmente en la creencia de que esa vivencia bien puede ser la nuestra. Su tono es ligeramente tragicómico, el de la invocación de la memo-



A mí, señoras mías, me parece

FLORENCE DELAY

TRAD. CARIDAD MARTÍNEZ

Ed. Acatilado, 2016
93 páginas; 12 euros



Kathleen

CHRISTOPHER MORLEY

TRAD. ÁNGELES DE LOS SANTOS

Ed. Periférica, 2016
118 páginas; 16 euros

nista, sabio de todo un poco, autor de **La biblioteca ambulante** que tanto nos hizo disfrutar, se reedita ahora esta pieza, Kathleen, para gozada de nuevos lectores. Todo está en su sitio: un grupo de ocho estudiantes de Oxford, madera noble por todas partes, oporto en generosas dosis, ociosos, clasistas, vagos, ingeniosos que se mueren por una frases, césped: para qué seguir. Forman un grupo, “Los Escorpiones”, que deciden montar lo que ellos mismos llaman un “kriegspiel” (un juego de guerra) a partir de una carta encontrada y hurtada en una librería por el más avispado de esos muchachos. Los nombres propios que en la misiva aparecen les van a servir para escribir una novela a dieciséis manos que ofrecerán como regalo a la protagonista, Kathleen. Pero su juego consiste en viajar al (aldeano, en el mal sentido, en cuanto objeto de burla) Wolverhampton para conocer a las y los protagonistas reales de la susodicha carta. A partir de ahí, enredo, disfraces, risas, argucias, diversión. Y buena prosa, con gracia: “Teniendo todas las vacaciones para trabajar en el capitulo, naturalmente no hice nada hasta esta tarde a la hora del té”, dice uno de ellos. Y más adelante: “¡Cómo puede un pronombre destruir a un hombre!”. Y después: “Antes de servir el té de las cinco y las tostadas, la cocinera y la doncella disfrutaban de un pequeño periodo de contemplación filosófica o siesta”. Todo muy “old fashion” (casi **Oscar Wilde**), donde no faltan alusiones a esos “tobillos de ensueño” que dieron al traste con tantas cabezas de señoritos oxonienses. Mundos perfectos (Fontainebleau u Oxford) para quien los disfrutó o para quienes, vicarios, los seguimos a través de la literatura amable. Entre una espera y la siguiente.

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Radiografía de EE UU para ir preparado a las presidenciales

Trump disparará la traca que anuncie la recta final de la campaña presidencial estadounidense. Una campaña que, gane quien gane el 8 de noviembre, marcará un antes y un después. Si se impone Clinton, una representante del ala liberal de la vieja política turbia, porque se convertirá en la primera emperadora del mundo contemporáneo. Si se impone Trump, porque abrirá una ventana de inquietante incertidumbre en un mundo que vive sus momentos más convulsos desde el final de la II Guerra Mundial. El inglés **Andy Robinson**, corresponsal itinerante de “La Vanguardia”, ha jugado con los ecos de **Kerouac** y **Thompson** para titular la radiografía en castellano más completa, aguda y actualizada sobre EE UU. Un país convertido en una bomba de relojería por los ocho años de belicoso latrocinio de **Bush**, la gran recesión –con su cortejo de empobrecimiento– y la ofensa que para muchos blancos han representado los dos mandatos de un presidente mulato.

El próximo lunes, madrugada ya del martes en España, el primer debate entre **Clinton** y



Off the road
Miedo, asco y esperanza en América
ANDY ROBINSON
Ariel, 284 páginas,
18,90 €



Leonardo y Miguel Ángel
STEPHANIE STOREY
Traducción de Pedro Santamaría
Pàmies, 382 pág., 19,95 €



Nicotina
GREGOR HENS
Traducción de Juan de Sola
Alpha Decay
160 páginas, 17,90 €



Rampo, la mirada perversa
EDOGAWA RAMPO
Traducción Daniel Aguilar
Satori
224 páginas, 18 €



Duelo en la cumbre entre dos gigantes del Renacimiento

Floencia entre 1501 y 1505. Leonardo rondaba la cincuentena, mientras que el genial Buonarroti era un jovencuelo de unos 25 años al que Da Vinci, que no vivía sus mejores momentos, miraba por encima del hombro. Sin embargo, fue Miguel Ángel quien se hizo con el encargo de esculpir el **David**, tarea que ejecutaría mientras Leonardo pintaba **La Gioconda**. Después, ambos se vieron confinados en una misma sala del Ayuntamiento florentino para sumergirse en un duelo de titanes: pintar sendos frescos bélicos en muros opuestos. Ambos quedaron inacabados. La estadounidense **Stephanie Storey**, historiadora del arte, arranca de esta rivalidad para imaginar la parte que le puede corresponder a la furia emulativa en la ejecución de dos obras tan apreciadas como el **David** y la **Mona Lisa**. Y lo hace en una sólida y entretenida novela que, al basarse en largas investigaciones, no necesita recurrir a vacuos preciosismos para enlucir carencias documentales.

Leonardo y Miguel Ángel, los dos cumbres del Renacimiento italiano, coincidieron en

Viaje introspectivo a las raíces del cuelgue con la nicotina

Al parecer la célebre sentencia de **Mark Twain** sobre el abandono de la adicción al tabaco es apócrifa. Según el alemán **Gregor Hens**, que cita fuentes autorizadas, Twain nunca dijo aquello de “dejar de fumar es la cosa más fácil del mundo; yo lo he dejado cientos de veces”. Se trataría tan solo de una cita espuria que los profesionales de la autoayuda clonan sin fin. Hens, uno más de los millones de individuos atrapados en la rueda del fumar-dejarlo-recaer, decidió que reflexionar sobre su adicción podría ser tal vez una buena terapia coadyuvante. Se desconoce si después ha vuelto a engancharse al cigarrillo, pero, en cualquier caso, su empeño nos ha legado este **Nicotina**, el texto hipnótico que resulta de su viaje introspectivo a las raíces de su cuelgue. Aunque no está claro que la lectura de **Nicotina** incite a dejar el vicio, lo que resulta indudable es que Hens, escritor de fuste, ha sabido componer un caleidoscopio de recuerdos, información y reflexiones que, a diferencia de la brasa de los 900 grados, dejan un magnífico sabor de boca.

Al parecer la célebre sentencia de **Mark Twain** sobre el abandono de la adicción al tabaco es apócrifa.

La edad dorada del relato perverso japonés

En los años 20 y 30 del pasado siglo, los japoneses vivieron la fascinación por un género conocido como ero-gro o ero-guro, donde el misterio, el erotismo y la deformación grotesca se aliaban en piezas marcadas también por una cierta ingenuidad. Entre los escritores que cultivaron este género ocupa un papel preeminente **Edogawa Rampo**, de quien los lectores avisados ya conocen **El extraño caso de la isla Panoroma**, publicado por Satori la pasada primavera. La antología **Rampo, la mirada perversa** incluye seis descollantes relatos del autor. Algunos nunca habían sido traducidos al castellano; otros lo habían sido a partir de un infame volumen en inglés, cuya alucinante génesis explica en apéndice **Daniel Aguilar**, responsable de esta edición. Asesinos por aburrimiento, muñecos animados, extraños efectos ópticos, esquivas sexualidades se conjugan en estas líneas para componer narraciones que los amantes del escalofrío apreciarán con largueza. Entre ellas destaca **La oruga**, prohibida por antimilitarista en el belicoso Japón de 1939.

sexagenarias

ria de una vida que ella describe como tranquila y amable. Su vocación literaria se inscribe en la intertextualidad de sus lecturas y en el reconocimiento continuo de ellas. Por las páginas del libro discurren **Cervantes**, **Garcilaso de la Vega**, **Sor Juana Inés de la Cruz**, **Rubén Darío**, **Isak Dinesen** (Karen Blixen), **Borges** o **García Márquez**, entre otros nombres menos conocidos, que aportan la expresión autorizada de esa misma experiencia.

Escribir es una forma de revivir aquella época “en que aún estaban vivos nuestros primeros muertos” y de recordar que todo está ahí, dentro de mí, “cuando lo quiero ver”, a pesar de que estemos “sitiados” por nuestra piel y por el paso de las horas. Mastretta es optimista y nos anima, porque “recordar entretiene como nada”. Toda la obra se vuelve un carpe diem, siguiendo la estela de la frase de **Bernard Shaw** de que “Youth is wasted on the Young” (La juventud está desperdiciada en los jóvenes), porque: “Era yo joven cuando tenía cincuenta. Como creeré que ahora soy joven, si llego a los ochenta. Y, si por suerte, me dan los noventa, habré sido una niña a los setenta y cinco”. Lo dice Ángeles Mastretta. Lo dice todo el mundo.



El viento de las horas
ÁNGELES MASTRETTA
Seix Barral, Barcelona, 2016
259 páginas; 18,50 euros